

ya condenado al ridículo. Pero el país dramático que amamos resucitaba en los comienzos del siglo XIX e íbamos todos a ser los hijos de *Fígaro*.

Esta inquietud, que es el fondo mismo de la raza, ¿quién la sintió mejor hasta ser su víctima? Larra, como Werther, se suicida después de haber vivido como el Tenorio. Se burla de la España acompañada de 1830, lo mismo que un criado de Calderón se burlaba de los enamorados mal comidos, que ya son «esqueletos vivientes», a fuerza de madrigales y serenatas. No es esta la ocasión de hablar de su ideología, completamente moderna, querido maestro; pero admiremos de paso el encaje de su frase. Usted la llamará, quizás, afrancesada y muy rápida. Déjeme creer que aquello es español eterno.

Larra va a repetirlo: las letras de su país morían. Todavía son actuales sus impresiones sobre la literatura. «Impregnada de orientalismo» por los árabes, influenciada por la metafísica religiosa, «prestó más campo a los poetas que a los prosistas». Después de Cervantes, después de Quevedo, «la prosa volvió al olvido». La juventud, que llega a la vida con el reinado de Carlos III, quiere «continuar un movimiento paralizado dos siglos antes». Pretende «introducir en el siglo XVIII el gusto francés, como otros habían introducido en el siglo XVI el gusto italiano». No se quería reconocer el espíritu de análisis, el espíritu filosófico de Francia, que ejercía poderoso influjo sobre la «regeneración española», por mil razones políticas de las cuales ya he señalado las más apasionadas. «Los escritores—dice Larra—quisieron salvar de nuestro antiguo naufragio la *expresión*; es decir, que al adoptar las ideas francesas del siglo XVIII, quisieron representarlas con nuestra lengua del siglo XVI». «Pero esta lengua—agrega—desemajante de la túnica del Señor, no había crecido con los años: tan rica antiguamente, había venido a ser pobre para las necesidades nuevas».

Para decirlo de otra forma: precisaba reanudar la tradición, olvidando los siglos estériles, forjando con descaro neologismos, un hablar viviente. El mismo acérrimo enemigo de toda influencia francesa, Juan Pablo Forner, declaraba en el siglo XVIII que los «adornos desmesurados» y la armonía demasiado uniforme (*todo hueco, todo campanudo*) habían provocado lo que él llamaba espiritualmente «una hidropesía de nuestro lenguaje». ¡Cuántas cosas muertas en este país del recuerdo! «Yo quisiera ver a Cervantes—observaba Larra maliciosamente—obligado a escribir en España artículos sobre la responsabilidad ministerial o los juegos de la Bolsa.» La humorada es divertida y todavía tiene curso. Se hablaba entonces de política o de finanzas con el lenguaje rígido de los antiguos días.

Los muertos siguen mandando, y el hechizamiento del libro sublime ha llegado a ser intolerable. El gran político Joaquín Costa, que, como medida de salubridad municipal, quería clausurar hace treinta años el sepulcro del Cid—del Cid que cabalga todavía—nos hubiera ayudado, estoy seguro, a hacer con el *Quijote* un auto de esperanza y de caridad en cualquier plaza de Madrid.

* *

Henos aquí en el fondo de la cuestión: la grandeza y miserias históricas de esta lengua hermosísima, de cadencias oratorias, que ha sacrificado a menudo la claridad a la elegancia, el orden lógico del período al gusto de secretas músicas, la vivacidad del pensamiento desnudo a las lentitudes verbales de una majestad romana.

El disfrazado reproche de «estilo rápido» toma aquí toda su importancia, pues se nota que ha leído usted con provecho los hermosos estudios de filología *chauvinista* que comienzan por el *Diálogo de la Lengua*, de Juan de Valdés, y no han terminado aún. ¡Admirable motivo de

concurso es la superioridad de nuestra lengua, y en ella creo de todas veras! Pero lo repito una vez más: no pienso que los rodeos continuos o el esplendor corintio le sean inseparables *Aquel pausado y noble decir*, cuya excelencia elogiaba Gregorio Garcés en 1791, vamos a ver si es tan español como se cree. La lucha fué siempre apasionada en España entre los «atalayas del bien hablar» y las «viejas tras del fuego hilando sus ruecas», que han inventado, según Valdés, los más hermosos proverbios y el lenguaje. Es peligroso que la divergencia entre ambos grupos sea demasiado grave. Se pretende que Anatole France consulta a veces a su cocinera para cerciorarse de si una palabra es francesa. ¡Admirable ejemplo que imitar, pues el pueblo continúa siendo, como lo decía un español, Vives, el «tesorero del lenguaje»! De su boca indígena y golosa salen las palabras expresivas, los giros pintorescos, las metáforas anónimas que colorean toda una literatura.

En España hubo constantemente una extrema derecha que se enfadaba desde un principio cuando se quería hablar en vulgar «romance», es decir, en español, en vez de expresarse en latín elegante. La extrema izquierda fué el pueblo siempre. Durante mucho tiempo su lengua y su genio se juzgan cosa vil. Cuando halla palabras nuevas y las forja a su manera o las recaba de un dialecto, los peritos discuten con toda seriedad si es razón adoptar una palabra infame, como *regüeldo*, cuando es eructo el término correcto. Los mismos doctores que desprecian el dialecto vulgar son quienes más tarde pretenden conservar a todo trance una lengua ya estéril. Es escritor el que sabe adornar con góticos florones la arquitectura jónica de la frase. Si el habitante de Castilla no llega a tanto en la búsqueda de la sinuosidad verbal, el sevillano y el cordobés, que son árabes a medias, complican siempre la frase. ¿Cómo negarles una exquisita morbidez que a menudo esfuma la rigidez castellana? Pero han terminado por dominar estos oradores del Mediodía. Cuando quieren torcerle el cuello a la elocuencia, no es para clarificar, sino para ensombrecer. De nuestro insigne Góngora al curioso Estébanez Calderón, que fué amigo de Merimée, la escuela continúa siendo la misma, y, si no temiera agravar el desorden español de esta carta, yo le mostraría a usted, señor mío, que en el mismo arte escultural de un Julio Antonio se encuentra hoy la fuerza atormentada que acumula las sombras como un ácido corrosivo sobre el cobre del aguafuerte...

La lengua española, que nace verdaderamente hacia el siglo X, es entonces un latín corrompido o, si usted lo prefiere, evolucionado. La Reconquista, la larguísima lucha de godos y moros invasores, constituye un doble acervo de donde surgen palabras envilecidas que huelen a pueblo. ¡Qué digo! Su lengua misma, que se llama *romance* por entonces, tendrá enemigos, pues es audacia sin nombre la de querer convertirla en un instrumento literario. Cuando parece indispensable aceptarla, los puristas comienzan también su reconquista hurafía a través de los siglos. Si Ercilla, Garcilaso o Cervantes adoptan más tarde palabras italianas, esto se les reprocha duramente. Cuando Santa Teresa quiere escribir a su manera, irreflexiva, deliciosamente parlanchina—un estilo de mujer, en verdad—le corrigen los manuscritos, hasta que Fray Luis de León se enoja. El mismo Fray Luis se excusa, en sus *Nombres de Cristo*, ante quienes consideraban entonces que el tema sagrado era demasiado importante para confiarlo al «vulgar lenguaje» español. Renovando en 1585 las quejas de Ambrosio de Morales (*Discurso sobre la lengua castellana*), observa cuán poca estima se concede «a todo lo que está escrito en romance». En cuanto a las palabras que pueden provenir del francés, se las declara guerra a muerte. «La prosa francesa ha corrompido la castellana», decía Juan Pablo Forner, que